

CONFERENCIA DEL MAESTRO
OMRAAM MIKHAËL AÏVANHOV

LA NUEVA JERUSALÉN

4 de enero de 1959

Hoy os leeré el capítulo XXI del Apocalipsis de San Juan.

...“-Y vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo, junto a Dios, engalanada como una novia ataviada para su esposo. Y oí una fuerte voz que decía desde el trono: -¡Este es el tabernáculo de Dios con los hombres! Pondrá su morada entre ellos y ellos serán su pueblo, y el mismo Dios estará con ellos. Y enjuagará toda lágrima de sus ojos, y ya no habrá muerte ni llanto, ni gritos ni fatigas, porque las primeras cosas han desaparecido.

Y el que estaba sentado en el trono dijo: -Mira que hago un mundo nuevo. Y añadió: -Escribe, porque estas palabras son ciertas y verdaderas. Me dijo también: -¡Hecho está! Yo soy el Alfa y el Omega, el principio y el fin. Al que tenga sed, le daré del manantial del agua de la vida, gratuitamente. Esta será la herencia del vencedor: yo seré Dios para él, y él será hijo para mí. Pero los cobardes, los incrédulos, los abominables, los asesinos, los impuros, los hechiceros, los idólatras y todos los embusteros, tendrán su parte en el estanque que arde con fuego y azufre, que es la segunda muerte. Entonces vino uno de los siete ángeles que tenían las siete copas llenas de las siete últimas plagas, y me habló diciendo: -Ven, que te mostraré la novia, a la esposa del Cordero. Y me trasladó en espíritu a un monte grande y alto.

Y me mostró la ciudad santa, Jerusalén, que bajaba del cielo, junto a Dios, y tenía la gloria de Dios. Su resplandor era como el de una piedra preciosa, como jaspe cristalino. Tenía una muralla grande y alta. Tenía doce puertas, y sobre las puertas doce Ángeles y nombres grabados que son los de las doce tribus de Israel: al oriente tres puertas, al norte tres puertas, al mediodía tres puertas, y al occidente tres puertas. La muralla de la ciudad se

asentaba sobre doce piedras, que llevan los nombres de los doce Apóstoles del Cordero.

El que hablaba conmigo tenía una caña de medir, de oro, para medir la ciudad, sus puertas y su muralla. La ciudad tenía la forma de un cuadrado y su longitud era igual a su anchura. Midió la ciudad con la caña, y tenía doce mil estadios; la longitud, la anchura y la altura eran iguales. Midió la muralla y tenía ciento cuarenta y cuatro codos, con medida humana, que era la del Ángel. La muralla estaba construida de jaspe, y la ciudad era de oro puro, semejante al vidrio puro. Los asientos de la muralla de la ciudad estaban adornados de toda clase de piedras preciosas: el primer asiento era de jaspe, el segundo de zafiro, el tercero de calcedonia, el cuarto de esmeralda, el quinto de sardónica, el sexto de cornalina, el séptimo de crisólito, el octavo de berilo, el noveno de topacio, el décimo de crisoprasa, el undécimo de jacinto, el duodécimo de amatista. Las doce puertas eran doce perlas; cada una de las puertas hecha de una sola perla. La plaza de la ciudad era de oro puro, transparente como el cristal.

Pero no vi templo alguno en la ciudad; porque el Señor, Dios todopoderoso, y el Cordero, es su templo. La ciudad no necesita ni de sol ni de luna que la alumbren, porque la ilumina la gloria de Dios, y su lámpara es el Cordero. Las naciones caminarán a su luz, y los reyes de la tierra irán a llevarle su gloria. Sus puertas no se cerrarán con el día, porque allí no habrá noche. Y traerán a ella el esplendor y los tesoros de las naciones. Nada profano entrará en ella, ni los que cometen abominación y mentira; sino solamente los inscritos en el libro de la vida del Cordero...”

Desde la más remota antigüedad, siempre existió un centro iniciático que dominaba a los demás: éstos sólo eran ramificaciones del centro único cuya luz jamás se ha extinguido a través de los siglos.

Para conservar esta llama, se necesitaba la existencia de un ser que poseyera todos los conocimientos y todos los poderes, un ser que fuese el representante de Dios en la tierra, un ser que no muriese jamás. Este personaje existe realmente, se le menciona en la Biblia y en las tradiciones de todos los pueblos, pero bajo distintos nombres, y no se puede dudar de su existencia. La tradición hebraica le menciona bajo el nombre de Melquisedec. Moisés, en el Génesis, cuenta que llevó a Abraham el pan y el vino y que Abraham le dio el

diezmo de todo. A él se refería san Pablo cuando decía en la Epístola a los Hebreos: “-Efectivamente este Melquisedec, Rey de Salem, sacrificador del Altísimo, que iba delante de Abraham cuando volvía de la derrota de los reyes, que le bendijo, y a quien Abraham dio el diezmo de todo, que es primeramente Rey de Justicia según el significado de su nombre, y también Rey de Salem, es decir Rey de Paz; que no tiene ni padre ni madre ni genealogía, que no tiene ni comienzo ni fin en su vida pero que se ha vuelto semejante al hijo de Dios, este Melquisedec sigue ofreciendo sacrificios a perpetuidad.”

Diréis: -Sin padre, ni madre... pero, ¿cómo fue creado? Un ser que es el representante de Dios en la tierra tiene todos los poderes sobre la materia; por lo tanto puede formar un cuerpo etérico capaz de mantenerse hasta el fin de los siglos y tiene la posibilidad de disgregarlo cuando quiera. Melquisedec cuyo nombre significa Rey de Justicia, es el representante de Dios y el papel que tiene que desempeñar en la tierra es el más importante. Es juez de vivos y muertos, y de él proceden todas las directrices concernientes al destino de la humanidad. Todos los grandes Iniciados han sido instruidos por él; Hermes Trimegisto es una manifestación de él, y Orfeo, Moisés, Pitágoras, Platón, Buda, Zoroastro, los más grandes han recibido su Enseñanza; incluso Jesús. Porque antes de Abraham él ya existía. Él fue quien envió a los tres Reyes Magos como representantes de su reino para inclinarse ante Jesús, porque Jesús era la encarnación del Principio divino, del Verbo que se hizo carne. Pero Melquisedec, representante del Dios vivo, que no tiene principio ni fin, tiene otro papel que desempeñar.

Jesús vino a encarnarse, por lo tanto tiene un padre y una madre. Pero durante esos dieciocho años, de los 12 a los 30 años, en los que los Evangelios no mencionan nada de su vida, fue al Reino de Melquisedec, el Rey de Justicia y de Paz, donde en compañía de los grandes Iniciados hizo un trabajo formidable sobre toda la tierra. Hacia la edad de 30 años volvió a Palestina para consumar su misión, pero también unió a sus discípulos al reino de Melquisedec, mencionado por todas las religiones, y situado en un lugar inaccesible llamado “la tierra de los vivientes”, o “la tierra de los inmortales...”. Este reino es el reino de Melquisedec, pero sólo lo conocen algunos Iniciados que comunican con él.

Ningún Iniciado puede alcanzar la cumbre sin pasar por la escuela de Melquisedec. Él es quien permite a las criaturas alcanzar la Sefira Kether,

porque posee el conocimiento de todas las jerarquías angélicas, se desplaza en medio de ellas, y tiene bajo sus órdenes a millones de Ángeles que le sirven. Vigila la evolución de la humanidad, para que se oriente según los planes del Señor. Cuando los humanos se desvían del camino que se les ha trazado, interviene para remediarlo. Y tiene todos los poderes puestos que los cuatro elementos: la tierra, el agua, el aire y el fuego, están a su servicio. Este es el personaje que san Juan vio y que ha descrito al principio del Apocalipsis con una espada en la boca y sosteniendo las siete estrellas en su mano. Contactó con él porque Jesús le había puesto en relación con él. La religión oficial no menciona estos detalles, pero están inscritos en los archivos de la Ciencia Iniciática y aquel que tenga posibilidades de ir a investigar puede conocerlos.

Así pues este personaje que San Juan vio y que dijo: -Yo soy el Alfa y el Omega, el principio y el fin..., es Melquisedec. Cambia de nombre según los ciclos porque su nombre es mágico. Y éste es el primer sello abierto del Apocalipsis. Es muy importante que sepáis quién era este personaje, porque San Juan fue a su Reino de Salem donde fue llamado para poder escribir el Apocalipsis. Le mostraron las profundidades de la tierra y de los mares, se le mostró cómo trabajan los espíritus en la naturaleza a través de los cuatro elementos, contempló las jerarquías angélicas, y por tanto fue bajo la orden de Melquisedec que escribió este Apocalipsis que debe ser descifrado al final de los tiempos.

Hoy os hablaré de la Nueva Jerusalén. ¿Qué quería decir san Juan con “la Nueva Jerusalén que descende del cielo”...? Y es cierto que descenderá, pero antes de que esto suceda, ¡cuánto trastorno y cuántas transformaciones! Por lo demás vosotros mismos lo veréis, porque esto se producirá en nuestra época. Se dice Nueva Jerusalén, porque existió una primera Jerusalén que fue destruida. ¿Por qué lleva este nombre, Jerusalén, que recuerda a la ciudad de Melquisedec, Salem? Porque los que le dieron este nombre conocían la existencia de Melquisedec, habían recibido la iniciación que el propio Moisés había recibido de su suegro, Jetro. Cuando Moisés huyó de Egipto, se refugió en el país de Madián, y allí desposó a Séfora, la hija del gran sacrificador Jetro. Durante años, Moisés estudió junto a su suegro, quien le puso en contacto con Melquisedec, y fue Melquisedec quien dio a Moisés la misión de traer esa religión terrible, formidable: la unidad de Dios, y de imponerla por la fuerza.

En el Génesis, Moisés menciona a Melquisedec cuando escribe la historia de Abraham. Aparte de esto no se detiene mucho en ello, pero a los setenta Ancianos de Israel a quienes había dado la clave de sus cinco libros, les reveló que todo estaba controlado por este centro iniciático que existe en un lugar escondido, y que representa el paraíso perdido, al que llamamos Pardes. Toda esta ciencia en la que Abraham y Jacob habían sido iniciados antes de Moisés, también fue conocida por David y Salomón, cuyo nombre en hebreo Scholomo, tiene la misma raíz que schalom: paz, contenido también en Ieruschalalm: Jerusalén.

Salomón recibió la orden de construir el templo de Jerusalén. Las medidas del templo, su arquitectura, los objetos que contenía, correspondían a una ciencia transmitida por la tradición. Pero este templo fue destruido por los ejércitos de Tito como castigo por las faltas que Israel había cometido: en esta época los judíos habían abandonado el espíritu de su religión y se obstinaban en no reconocer a Jesús como el Mesías. Por eso el templo fue destruido y el pueblo dispersado por los cuatro confines de la tierra. Jerusalén era un centro iniciático que contenía el núcleo de la futura humanidad, pero equivocó su meta y ahora hay que crear otra nueva. Esta nueva Jerusalén se construyó según el modelo de Salem, lugar donde habita Melquisedec, rodeado de todos estos seres extraordinarios mencionados en la historia, en las leyendas, y de los que se dice que no están muertos e incluso que un día volverán. Allá se encuentran cabalistas y alquimistas. El alquimista Nicolás Flamel no está muerto, sino que se encuentra en este reino de los Iniciados donde gobierna Melquisedec.

Lo que es y cómo viene la Nueva Jerusalén, os lo estoy revelando, mis queridos hermanos y hermanas. La Nueva Jerusalén tal como está descrita con sus dimensiones, sus puertas, con sus cimientos de piedras preciosas, es muy clara para nosotros. Se la puede entender de varias maneras: como una ciudad, como una forma de vivir y como el hombre en sí mismo. La Nueva Jerusalén no puede venir antes de que haya seres que estén contruidos sobre su modelo, simbólicamente hablando, porque las doce puertas de perlas, y los cimientos de piedras preciosas representan virtudes y cualidades. Diréis: -¿Por qué doce puertas? Porque la ciudad que es una imagen del universo es igualmente una imagen del hombre que posee también doce puertas.

Veamos cuáles son estas puertas: los dos ojos, las dos orejas, las dos ventanas de la nariz y la boca, hacen siete, y estas siete puertas están situadas

en la cabeza, lo cual no es por casualidad. Y ahora las otras cinco: los dos senos, el ombligo... y por fin dos más que os dejo encontrar a vosotros, porque no tengo tiempo, ¡estoy muy ocupado!... Así pues, tenemos doce puertas, ni once, ni trece, doce. Es extraordinario ver cómo todo tiene sentido, está calculado, es inteligente. El hombre está construido en los talleres del Señor para mantener intercambios con el cielo, la tierra y todo el universo. Por eso sus puertas deben estar abiertas para dejar que las corrientes circulen.

Cada detalle de la descripción de la Nueva Jerusalén es simbólico. San Juan, por ejemplo, la presenta como un cuadrado, porque el cuadrado es el símbolo de algo acabado, estable y también el símbolo de la justicia, Melquisedec es Rey de justicia. Si se desarrolla el cuadrado, se produce una cruz, y la cruz es el hombre cuando extiende sus brazos. En consecuencia, ya veis las relaciones.

La Nueva Jerusalén no es una ciudad que tenéis que ver descender del cielo. Ninguna ciudad descenderá de esta forma del cielo. La Nueva Jerusalén descenderá cuando haya seres nuevos. Sí, la Nueva Jerusalén son los nuevos hombres que han emprendido un gigantesco trabajo sobre ellos mismos. Y este trabajo no es otra cosa que la transformación del viejo Adán en Cristo, del viejo hombre en un nuevo hombre o, presentado a la manera de los alquimistas, el paso del color rojo al color azul. ¡Es tan claro en la lengua hebraica! Adán es el hombre rojo (adom: rojo), que ha sido extraído de la tierra (adamah: tierra). Pero el hombre rojo de la tierra debe transformarse en Cristo, el azul del cielo, símbolo de la paz. Para aquel que conozca el lenguaje de los símbolos estas correspondencias son muy claras. Siendo el rojo el color del espectro cuya vibración tiene la más baja frecuencia, representa las impulsiones físicas: la vitalidad, la sensualidad, la cólera, la agresividad, la borrachera, incluso. Pero cada uno tiene un matiz distinto: el amor un matiz, o centenares de matices, y también la vida... todas estas tendencias son miles de matices del rojo.

Que el cuerpo físico puede convertirse en luz, nos lo mostró Jesús en el momento de la transfiguración en el monte Tabor. Se dice en los Evangelios que en aquel momento su rostro se volvió más brillante que el sol, sus vestidos blancos como la luz y que Elías y Moisés aparecieron hablando con él. ¿Por qué? Su presencia al lado de Jesús es extremadamente significativa. Es su espíritu el que entró en él. Moisés vino a darle la fuerza, porque Moisés era el Maestro de la fuerza. Mientras que Elías le dio la cualidad que dominaba en

él: el saber. Las profecías de Elías, su enseñanza, han sido tan apreciadas siempre que incluso hoy circula el rumor de que no murió y de que volverá al final de los tiempos. Así pues, en el momento de la transfiguración, Elías y Moisés vinieron a instalarse en Jesús. Porque Jesús no era un sólo espíritu, era un ser colectivo; todos los grandes Iniciados le habían dado algo de sí mismos porque lo necesitaba para cumplir su misión.

¿Es posible ahora esta transfiguración para todos los hombres? Sí, para todos. Para todos aquellos que han conseguido purificar y sublimar su cuerpo físico, es posible. Porque no es solamente en el espíritu y en el alma donde debe nacer el Cristo, sino también en el cuerpo físico. Este es el símbolo del pesebre que os revelé el día de Navidad. Cuando el hombre trabaja mucho tiempo, conscientemente, con la fe, la esperanza y el amor, su cuerpo físico se sublima, se purifica tanto, todas sus partículas vibran con tal intensidad, que en aquel momento la transfiguración es posible para él como fue posible para Jesús. Y en eso consiste precisamente la Nueva Jerusalén. La Nueva Jerusalén, es la perfección de un Iniciado, de un Maestro en el que Cristo ha nacido. Respira, está ahí manifestándose a través de las doce puertas, por las doce aberturas.

La nueva Jerusalén se está preparando para venir a este mundo, descendiendo del cielo, es decir que los Ángeles vienen a trabajar sobre los humanos para embellecerles y hacerles perfectos. Cada día, cada noche, se van las partículas oscuras que no vibran en armonía y son reemplazadas por otras, ligeras, flexibles, luminosas. Millares de ciudades nuevas se están preparando y formarán juntas esta nueva Jerusalén en la que Dios habitará sin llantos ni sufrimientos.

La Nueva Jerusalén son los hijos de Dios, los niños de Dios, aquellos en quienes Cristo ha nacido. En este momento, naturalmente, la Nueva Jerusalén se convierte en una sociedad ideal en la que todos viven como hermanos. Por fin la Nueva Jerusalén es el centro iniciático que siempre existió tal como lo describe San Juan, en donde todo es de oro, perlas y piedras preciosas. Porque todo lo que existe en lo alto como verdades, como substancias, debe también representarse materialmente en la tierra.

Si estudiáis la tierra, veréis, naturalmente, que está hecha de capas sin brillo, oscuras; pero hay seres que trabajan sobre ella para purificarla. En realidad los metales preciosos, las piedras preciosas, son tierra, ¡pero

transformada y sublimada! Una piedra preciosa es una quintaescencia de lo que hay de más puro en la tierra. Y entre los humanos, los Iniciados son las piedras preciosas, la quintaescencia del género humano. La costumbre de colocar piedras preciosas en la corona de los reyes, o los adornos de los sacerdotes, vienen del conocimiento de que las piedras preciosas representan las cualidades y las virtudes de los seres más evolucionados, representando cada piedra una virtud diferente. Así pues, a un hombre sabio, inteligente, le corresponde un topacio; a un ser de paz, le corresponde un zafiro; a un entusiasta, lleno de fuego, le corresponde un rubí... si se colocan piedras preciosas en las coronas, se debe a que ya existen en la corona del Creador. El creador está engalanado con una corona y en esta corona hay piedras preciosas: los Arcángeles, las Divinidades...

La Nueva Jerusalén, mis queridos hermanos y hermanas, es el hombre perfecto, es la vida universal perfecta, es este Reino de Paz y de Justicia en donde reina Melquisedec. Esta Nueva Jerusalén vendrá: antes de que termine este siglo, vendrá, todos lo han profetizado, y se tratará de algo que ni tan siquiera os podéis imaginar. Habrá un templo con las doce piedras preciosas que menciona San Juan. Estas piedras preciosas se conservan en el lugar donde habita el Rey de Justicia y de Paz, montañas de piedras preciosas guardadas para esta época. Podéis creerme o no, me da igual, pero lo veréis, algunos de vosotros lo veréis.

Pero ante todo, se precisa que seamos nosotros quienes nos convirtamos en la Nueva Jerusalén con las doce puertas funcionando bien para que los intercambios se produzcan, así como la transfiguración. Porque os lo repito, esta Nueva Jerusalén debe ser comprendida ante todo simbólicamente.

“Tenía una muralla grande y alta”, dice san Juan. La muralla es una protección, por lo tanto el símbolo de un aura poderosa que envuelve al hombre protegiéndole. Cuando el hombre posee un aura poderosa, está protegido por la radiación de la propia luz.

“Tenía doce puertas, y sobre las puertas doce Ángeles y nombres grabados que son los de las doce tribus de los hijos de Israel.” Estas doce tribus representan las doce funciones, porque detrás de cada una de estas puertas, tanto si se trata de los ojos, como de las orejas, la boca, etc., hay un Ángel. E incluso voy a deciros algo que os pido escuchéis en un estado de máxima pureza. Tanto si se trata de un hombre, como si se trata de una mujer,

todo ser que esté suficientemente purificado puede convertirse en una Nueva Jerusalén, tiene un Ángel detrás de cada una de estas puertas. Cada Ángel tiene la función particular de recibir todo lo que llega y transformarlo. Todo lo que oís, miráis, respiráis, coméis, etc., un Ángel lo recoge y lo transforma. Así pues, cuando una mujer que se ha purificado verdaderamente debe concebir un niño, quien trabaja sobre el germen que recibe es un Ángel, y luego, el niño que nace es un genio, una divinidad. Pero cuando la mujer es impura, quien está detrás de esta puerta atisbando es un demonio, y entonces trae al mundo un bruto o un monstruo.

¡Cuántas cosas quedan aún para revelaros! Pero todo llegará, tened paciencia. Todavía no sabéis lo que son el hombre y la mujer: su estructura, las fuerzas que trabajan en ellos, y cómo deben vivir para ser verdaderamente tabernáculos del Dios vivo, de la Nueva Jerusalén. Y los que no quieran comprender, de cualquier forma se verán obligados a comprender un día, pero será demasiado tarde... Poco les importa a los humanos lo que pueda ocurrir detrás de esas puertas. Para un hombre, mientras una mujer le deje entrar, le es suficiente. El que le acoja un diablo, que entre un diablo, no les importa. Pero unos y otros se verán un día obligados a considerar esta cuestión tan importante.

“Pero no vi templo alguno en la ciudad; porque el Señor, Dios todopoderoso, y el Cordero, es su templo.” Todavía una prueba más de que esta Nueva Jerusalén es un templo. Por lo tanto es el propio hombre quien es un templo, tal como está dicho en los Evangelios: “Vosotros sois templos del Dios vivo.”

La Nueva Jerusalén es el nuevo hombre en el cual todo es oro, perlas, piedras preciosas... Y la luz brilla dentro. Cada uno de vosotros debe convertirse en una Nueva Jerusalén. Desde hace dos mil años ha habido sociedades secretas que pretendían ser esta Nueva Jerusalén e incluso hoy... ¿Cómo pueden tomarse por la Nueva Jerusalén cuando siguen sumergidos en la incomprensión y en las viejas formas, sin poseer las llaves que abren el libro de la vida? Nadie es la Nueva Jerusalén, excepto los seres que tienen las llaves, los siete sellos, es decir los que comprenden las Escrituras en profundidad. Ser la Nueva Jerusalén no consiste en balbucear algunas frases de la Ciencia Iniciática, y al mismo tiempo, mostrarse como de costumbre: temeroso, mezquino, engañoso, débil y negativo. Todos nosotros podemos ser la Nueva Jerusalén, pero con esta nueva luz que abre todas las puertas, y esto

debe dar resultados. Cuando se posee el conocimiento, deben producirse resultados; si no hay resultados, es que no se sabe gran cosa.

“La ciudad no necesita ni de sol ni de luna que la alumbren.” El sol es el símbolo del intelecto, y la luna el del corazón. El hombre en el que habita la luz divina y el amor divino ya no necesitará ni del sol ni de la luna, es decir ni de la filosofía ni de la religión.

“Sus puertas no se cerrarán con el día, porque allí no habrá noche.” Cuando hay iluminación, ya no es de noche. Los seres iluminados tienen siempre la luz dentro de sí mismos; aun cuando duermen no es de noche para ellos. Mientras que para los demás unas veces es de día y otras de noche: durante un instante se encuentran en la luz, e inmediatamente se oscurecen. Pero cuando viene la iluminación, les ilumina el Espíritu Santo, y ya no hay más oscuridad. La noche es la falta de comprensión. No hay que entenderlo literalmente: no habrá más noche... ¡Pensad! Si no hubiese ya noche, se debería a que el orden cósmico se habría trastornado, la tierra no giraría más; solamente una mitad estaría iluminada y la otra mitad estaría eternamente en las tinieblas. Esto no es posible. Otro capítulo del Apocalipsis dice: “Al que venza le daré la estrella de la mañana.” La estrella de la mañana es Venus. ¡Por lo tanto habrá que demoler toda esta armonía celestial para dar el planeta Venus al que haya vencido! ¿Y dónde lo colocará? Pero, escuchad, esto aún se complica más: si hay varios vencedores, ¿dónde encontraremos más planetas? Todo esto es simbólico. ¡Seguirán existiendo el día y la noche, mis queridos hermanos y hermanas, no lloréis! Aquí, la noche es un símbolo de todo lo que es negativo; y mientras haya noche, durante un momento se está esperando, y enseguida se está desanimado, se tiene fe, y un poco más tarde, se duda...

La Nueva Jerusalén, es pues, ante todo, el propio hombre. Además, es un orden social. En tercer lugar, es la verdadera Iglesia de Dios, la Iglesia de San Juan, la Iglesia del espíritu y de la verdad, la Iglesia de todos los Iniciados. Nadie podrá impedir ahora que venga esta Iglesia. Todo será explicado, todo estará claro, porque está dicho en las Escrituras que Dios habitará en el corazón de los hombres e inscribirá allí Su ley. En aquel momento los humanos ya no necesitarán que nadie les predique la religión o la moral, todos sabrán interiormente lo que deben hacer, cómo amar, cómo servir, cómo trabajar. Cuando una mujer tiene un niño, no necesita que se le diga cómo alimentarle, cuidarle, o si ha de levantarse de noche cuando llora:

porque tiene amor en su corazón. El Señor ha escrito sus leyes en el corazón de la madre, y ésta no necesita buscar instrucciones en ninguna parte. Cuando ya no hay amor se necesitan prescripciones, aunque de poco sirven en esta circunstancia.

Mientras no haya amor, las religiones no podrán jamás llevar a los hombres hacia Dios. Pero cuando venga el amor, ya no habrá religión. La religión se convertirá en algo interno y se manifestará bajo la forma de bondad, de radiación, de sacrificio, de dulzura, de luz. Como me han instruido, así os instruyo yo. Cuando el amor abandonó la humanidad, vino la religión para suplirlo. Pero cuando venga el amor, la religión desaparecerá porque ésta habrá entrado en el corazón de los hombres.

